

La construcción
de una nueva
lengua en la
post-dictadura
argentina. Entre
Punto de vista
y los textos
periodísticos de
Rodolfo Fogwill

María José Sabo

Recebido em: 1 de setembro de 2019
Aceito em: 4 de dezembro de 2019

Doctora en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente se desempeña como Profesora Adjunta en la Cátedra de Literatura Latinoamericana I de la misma universidad. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).
Contato: merisabo@gmail.com
Argentina

PALABRAS CLAVE:
 lengua; postdictadura;
 Rodolfo Fogwill;
 intelectualidad; democracia.

Resumen: El presente artículo examina de qué manera durante los primeros años de retorno democrático desde un sector de la intelectualidad argentina se instala como necesaria la construcción de una nueva lengua pública que se desembarace de los excesos retóricos e ideológicos que primaron en los años sesenta y setenta. Se confrontan las operaciones lingüísticas llevadas a cabo por dichas voces intelectuales con el trabajo que en los mismos años realiza Rodolfo Fogwill sobre la lengua. Se analizan principalmente sus artículos periodísticos comprendidos entre los años 1984 y 1986. Se propone leer en ellos una serie de actos de habla críticos, que reactivan algunas de las tonalidades de la lengua de los '70 que contravienen -en el nivel discursivo- el pacto de "tolerancia" y "razonabilidad" que demandaba la nueva lengua de la democracia.

KEYWORDS: language;
 post-dictatorship; Rodolfo
 Fogwill; intellectuality;
 democracy.

Abstract: The paper examines how, during the firsts years after the democratic recovery in Argentina, it became necessary, from the perspective of a certain group of intellectuals, to arrange a new public language capable of get rid of the rhetorical and ideological excess of the Sixties and the Seventies. We confront those linguistic operations with Rodolfo Fogwill`s work during the same years. We examine principally the journalistic texts written between 1984 and 1986, reading there a series of critical speech acts, which revitalize certain tone of the Seventies, which disobeys –in a discursive level- the "tolerant" and "reasonable" pact the new democratic language was demanding.

*Las palabras se gastan más rápido
que el dinero en la Argentina*
(Ricardo Piglia, 1985)

El período comprendido entre los años 1983-1986 en Argentina, referido como la “primavera democrática”, estuvo signado en el campo intelectual por un intenso trabajo crítico y discursivo que procuró pensar las formas idóneas de reconstrucción de una cultura que había sido profundamente lacerada por el reciente terrorismo de Estado. El primer desafío a enfrentar por parte de los sectores intelectuales versaba en proveer a la sociedad de un lenguaje crítico eficaz para una ajustada representación del pasado reciente. Y si bien con el correr de los años los debates en torno a esta cuestión no cesaron de producirse, incluso podríamos decir, profundizándose durante la década siguiente en la medida en que fueron emergiendo nuevas aristas problemáticas, es en los años inmediatamente próximos al arribo de la democracia que estas búsquedas adquieren la forma particular de lo que podemos llamar “microbatallas lingüísticas”. Estas tomaron asiduamente la modalidad de un escrutinio detallista ejercido en torno al significado, al valor y al uso de determinados vocablos claves que habían quedado en el fuego cruzado de dos momentos culturales y políticos ya distantes entre sí: entre el tiempo eufórico de la revolución en los ’70, marcado por la aceleración de la Historia, y el tiempo del detenimiento correspondiente a la referida “derrota”, marcado por las revisiones y la búsqueda de reconstrucción de los sentidos. En este sentido, no es extraño encontrar en los textos de estos años una insistencia reflexiva en torno a los significantes, los cuales convocan

la práctica de una vigilancia celosa de sus alcances y de su pertinencia en determinados actos de habla, asimismo encontrar el empleo frecuente de circunloquios que tienden un velo de reparos sobre ciertos vocablos devenidos “incómodos” para el uso actual de la lengua pública. En esa instancia la práctica crítica intelectual se vuelve metadiscursiva, problematizando las formas de acceso al pasado mediante un detenimiento en la materialidad de las palabras, reflexionando así, paralelamente, acerca de la lengua crítica encargada de exponer dicho acceso en los términos de un problema a ser debatido.

El presente artículo examina de qué manera durante los primeros años de retorno democrático, desde un sector de la intelectualidad argentina se instala como necesaria la construcción de una nueva lengua pública que se desembarace de los excesos retóricos e ideológicos que primaron en los años sesenta y setenta, identificando en sus producciones las operaciones de resemantización, sustitución lexical y desplazamiento de sentidos que se realizan sobre ciertos vocablos nucleares, entorno a los cuales se asienta una “ideología de la lengua” (Paul Kroskrity, 2000) que regirá la relación entre los actos de habla, los modos de relatar el pasado y las prácticas políticas del presente. El artículo se detiene en detalle en el ensayo emblemático para la época de Beatriz Sarlo “Una alucinación dispersa en agonía” del año 1984, publicado en la revista *Punto de vista*.

Se confrontan estas operaciones lingüísticas llevadas a cabo por las voces intelectuales más legitimadas del período con las lecturas fogwillianas sobre esta nueva lengua entorno a la cual emerge un importante consenso. Se

trabajaré con sus artículos periodísticos comprendidos entre los años 1984 y 1986, reunidos luego de casi dos décadas en un mismo volumen con el título de *Los libros de la guerra* (2010). Estos textos son producidos desde los márgenes contraculturales, en revistas como *El Porteño*, *Primera Plana*, *Alfonsina*, entre otras, y constituyen un *corpus* del escritor poco abordado por la crítica literaria. Se propone leer en ellos una serie de actos de habla críticos, que reactivan algunas de las tonalidades de la lengua de los '70 como son el uso de la polémica y la diatriba, las cuales contravienen desde la trinchera discursiva el pacto de “tolerancia” y “razonabilidad” que demandaba la nueva lengua de la democracia para ser proferida, en tanto “lección aprendida” después de la experiencia de la dictadura. En este sentido, las operaciones lingüísticas de Fogwill van en una dirección contraria a la consensuada. Estas son: hablar desde la ironía, reponer vocablos politizados o marcados por la jerga revolucionaria (como por ejemplo, hablar de “colaboracionistas” para referirse a prácticas en postdictadura), rehabilitar tonalidades enfáticas, traducir los ocultos significados de expresiones usuales de la época y corroer asimismo la corrección política de ciertas palabras. En este sentido procura crear una voz disidente que se profiera desde un afuera discursivo respecto del consenso político y lingüístico de los '80.

UNA NUEVA LENGUA PARA HABLAR DEL PASADO

Un recorrido no necesariamente exhaustivo por los múltiples discursos artísticos, políticos, intelectuales de las décadas del '60 y del '70 producidos

en Argentina pone de relieve, en primer lugar, la centralidad que en ellos tuvo la “cuestión revolucionaria” que, como sostiene Claudia Gilman (2003), rigió el pensamiento de los sesenta/setenta. Asimismo, dicha cuestión está construida a partir del uso de una lengua específica que Nicolás Casullo refiere como “la lengua de los ‘70”: una retórica radical, politizada y vuelta ella misma un campo de batalla: “[en los ‘70] hablar de la revolución era abrirse paso hacia un presente preñado desde el futuro como paraje imaginario que contenía la respuesta” (Casullo, 2007, 16). Es una lengua entregada a la virtualidad de un futuro de liberación sólo entrevisto, a partir de cuyo cumplimiento terminaría de ajustarse a lo real. En este sentido, se trata de una lengua de matices mesiánicos, visionarios, caracterizada por expresiones desbordantes en tanto abierta a lo inédito de aquella escena futura, pero también pragmática, porque la revolución social exigía una planificación y una teorización.

La dictadura militar implantada en 1976 cancela de manera abrupta el proyecto revolucionario setentista. El silenciamiento captura su retórica, la cual, una vez reestablecida la democracia en 1983, quedará si bien inoculada bajo la constatación de la derrota, al mismo tiempo, en permanente tensión con respecto a los nuevos actos de habla que emergen en la democracia y que son los encargados de construirla como nuevo orden deseable y completamente distinto al inmediato anterior de la dictadura militar. La lengua de los ‘70 será entonces una “lengua en ruinas” (Casullo, 2007, 3), vuelta ahora estéril, pretérita en tanto es la *que hablaban* “los vencidos”: Cada uno de sus vocablos más preciados será puesto en tela de juicio: “revolución”,

“utopía”, “ideología”, “futuro”, “lucha”, “patria”, “compromiso”. “alienación”, “vida”, “muerte”. Muchos de ellos serán resemantizados en pos de licuar su compromiso signíco con la coyuntura histórica de los ’70, volviéndolos maleables al devenir de la historia y reintegrándolos así a la discursividad política de lo estrictamente “actual”.

En este sentido, puede observarse la resemantización que opera Beatriz Sarlo sobre el concepto de “utopía” en uno de sus ensayos más elocuentes, “Una alucinación dispersa en agonía” del año 1984, publicado en la revista *Punto de vista*, espacio clave para la época por donde transitaban varias de las voces más importantes de la intelectualidad preocupada por la reconstrucción de la cultura y de la lengua. Nos detendremos en este ensayo y volveremos a él en repetidas ocasiones en la medida en que, siendo una de las primeras intervenciones en tiempos de la postdictadura, condensa varios elementos del proyecto intelectual de *Punto de vista*, los cuales volverán a aparecer en otros textos posteriores. En “Una alucinación dispersa en agonía” Sarlo declara la necesidad de “revisar lo ocurrido [...] para recomponer los pedazos dispersos de una subjetividad que no sabe cómo evaluar su pasado ni, en consecuencia, cómo reconectarse con él” (1). El texto tomará la tonalidad que se hace extensiva a un sector más amplio de la discursividad intelectual de estos años, y que es la del *mea culpa* en tanto intento de sincerar las “responsabilidades” que cupieran con relación a los acontecimientos del pasado como mecanismo necesario para la construcción de una nueva intelectualidad no alienada ideológicamente, tal como al criterio de *Punto de vista*, demandaba la naciente democracia. Desde el comienzo del ensayo,

la escritora evalúa como una “alucinación” y “delirio colectivo” las que en los ’70 constituían las utopías políticas centrales, y califica de soberbia a la actitud de seguridad en el futuro que por entonces se sostenía: un “sistema de certidumbres incommovibles”. Un nuevo lenguaje crítico, que evite aquellos excesos, será el garante, el guía virgiliano, que le permita adentrarse en el pasado para interrogar sus restos, pero sin caer en su trampa: “recomponer los fragmentos *no significa* tampoco inventar una nueva unidad imaginaria que nos restituya a las seguridades de la década anterior o las reemplace por otro sistema de certidumbres incommovibles” (Sarlo, 1984,1). En este marco de reflexiones, Sarlo propone reapropiarse del preciado concepto de “utopía” para adosarlo al programa político de una democracia que debía ser construida entre todos, y postula la necesidad de resemantizarlo: “pensé en una Argentina posible donde un texto equivalente [se refiere a *Exilios* de Gelman y Bayer] no fuera proscrito, quizá un país que nos hiciera ‘sentir como en casa’. Una nueva utopía: la de una sociedad reflexiva y tolerante” (4). Los componentes inherentemente eufóricos de esta matriz discursiva primordial para el relato de la política que es la utopía, deberán ser refrenados para dar lugar a “lo razonable”, lo criterioso, y si bien lo utópico se reactiva porque la democracia se instala como temporalidad augural, cambia el objeto de deseo: este ya no será la liberación social, sino la participación ciudadana con tolerancia y raciocinio.

La dáda vida y muerte también es resemantizada en los años posteriores a la dictadura militar. Lo que dentro del pensamiento revolucionario de los ’70 se profería como “vida”, era entendido como “vida verdadera” en tanto

vida no burguesa, comprometida y entregada a la lucha por la liberación: la vida que valía la pena ser vivida. Por otro lado, el significante “muerte” correspondía a la idea-consigna de la “muerte heroica”, donde el acto de fenecer en la lucha la cargaba de sentido. Ambos vocablos atravesarán una operación de inversión por parte del discurso intelectual. Para los revolucionarios setentistas la única vida posible era la vida verdadera, aquella que incorporaba a la muerte como posibilidad constante en la medida en que esta ya estaba de antemano entregada a la causa del Pueblo, y en ese sentido, sostiene Silvia Schwarzböck, “la vida verdadera, en la mente del revolucionario, nunca es la vida propia [...] es una vida desconocida” (Schwarzböck, 2016, 33). Este concepto de vida se vuelve ilegible entrados los ’80: “la incapacidad de imaginar una vida de izquierda [...] es tan consustancial a la postdictadura que hasta podría definir su lengua específica: para poder condenar al Estado por la desaparición sistemática de personas, antes que por la política económica a la que esas desapariciones sirvieron, la sociedad argentina, a partir de 1984, *santifica la vida de derecha*” (41), es decir, la vida no militarizada y definida desde el paradigma de los Derechos Humanos (64)

En un artículo de 1983 del filósofo Osvaldo Guariglia titulado “¿Qué Democracia?” se reflexiona sobre este régimen como aquel basado en la pertenencia de la vida a la persona bajo la figura ética y política de la “persona autónoma” que tiene *el derecho* de elegir su propio bien mediante el uso de las facultades intelectuales y la deliberación. El derecho garantiza que esta persona haga un uso “equitativo y real de su capacidad para determinar su propia vida [...] en base a la cual pueda establecer hasta el límite de lo

razonable que lo que [esta persona] considera su *propio bien*, es *efectivamente un bien*” (Guariglia, 1983,17). De esta manera, la palabra “vida”, que en los ’70 se concatenaba con otros significantes a través de los cuales se construía una forma singular de entender lo político (“entrega”, “servicio”, “lucha”, “compromiso”: en su “Carta a Vicky escribió Walsh: “no vivió para ella, vivió para los otros. Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya”) se reenmarca ahora dentro del ámbito de las garantías y derechos, signada por el imperativo de su conservación, entendida esta desde la filosofía política como un “bien humano” (Guariglia, 1983, 8). En otras palabras, la vida es aquello que debe ser defendido en el sentido de reservado, no expuesto, y este es el signo de “lo humano”.

Sarlo, por su parte, se vale de la “Carta a Vicky” para establecer los nuevos criterios de valoración de ambos términos vida/muerte. Esta carta, en la que Walsh relata el asesinato de su hija montonera, es leída por Sarlo como la forma estética *derivada* de la cultura de la izquierda setentista, para la que “el asesinato es una de las formas de la política, la ideología de la guerrilla” (Sarlo, 1984, 3). La operación de Sarlo es reconducir la muerte hacia adentro de los límites de la razón (3), sacándole todo el “embellecimiento” y romanticismo con que los ’70 la habría enfundado para legitimarla en la intervención política. Esto tiene como consecuencia remitir la “Carta a Vicky”, documento central de la resistencia montonera y con posterioridad, de los debates en torno a la construcción de memoria, a los textos de ficción política argentina, porque, sostiene, “un capítulo más de la violencia argentina, desde el *Matadero* a *Facundo*, está escrito en esa carta” (3). Se vuelve necesario entonces para

este proyecto intelectual volver a pensar la muerte por fuera del velo de la ideología, expulsándola del horizonte de lo imaginable (y de lo proferible) para la política “real” por medio de una lectura desviada de sus significados que la remite al *corpus* de las ficciones nacionales, domesticando así sus posibles fugas de sentido. La idea de que se está leyendo una ficción cuando se vuelven sobre los ’60 y ’70 está en relación con la categorización que hiciera Sarlo de lo ocurrido, refiriéndola como “alucinación” y “delirio colectivo”. La operación culmina por remitir las producciones escriturales de aquel pasado, incluso las más emblemáticas como es “Carta a Vicky”, a otra zona distinta de la discursividad social, no contemplada en el momento original de su escritura, que claramente inocular su potencia para intervenir desde el lenguaje en el presente. Ante el pasado, vuelto ahora libro de ficción, se abre una escena de lectura que habilita colocarlo a cierta distancia lingüística. Ese libro requerirá la elaboración de una ajustada lengua crítica y técnica que lo haga hablar, construyendo así una ficción de objetividad, de metodologías, procedimientos hermenéuticos que alimentará el proyecto intelectual del ’80. La emergencia de la nueva lengua pública en la democracia muestra la voluntad de una experticia crítica: esta será una lengua a caballo entre la crítica sociológica y la crítica literaria, que asume la tarea de construcción de un saber por fuera de las coordenadas ideológicas del ’70.

El lugar que ocupa este saber que circulará en los múltiples actos de habla de la época, se sostiene en la experiencia de la distancia temporal que cancela toda posibilidad de hablar la lengua que hablaban los revolucionarios. Pero fragmentos de esa habla reemergen en los años posteriores a la dictadura

con, por ejemplo, la publicación de varios textos de Rodolfo Walsh, dentro del mercado editorial que los repone conjuntamente con la publicación de testimonios de los sobrevivientes de los campos. Pero el material archivístico tiene un aura distinta, podríamos decir con Arlette Farge (1991) un “plus de presencia” que inquieta y que impide domesticar la distancia temporal. Estos textos provocan en el crítico la experiencia de estar ante un material que se muestra sin mediaciones discursivas ni temporales. Esa diferencia es capturada por Beatriz Sarlo en un ensayo posterior, titulado “Cuando la política era joven”, al distinguir entre textos que “se han escrito *con lo que se ha aprendido* en las dos décadas que nos separan de 1973” (Sarlo, 1997, 18) y por el otro, textos cuyo relato no difiere del momento en que sucedieron. En su texto de 1984 Sarlo hace explícita la resistencia que le genera “Carta a Vicky” en relación con su aparato lector “nunca pude entender esa carta y durante mucho tiempo no pude hablar de ella”, pero a pesar de esta resistencia, finalmente, la escena de lectura no puede no acontecer: “Carta a Vicky”, lee, es una “narración truculenta” que “estetiza la muerte” (Sarlo, 1984, 3), algo que, *después* de todas las muertes que acontecieron durante la dictadura cívico-militar, de ese *después* desde el cual se la lee, es inconcebible.

En paralelo a las estrategias de resemantización, también hacen su aparición en la caja de herramientas lingüísticas de los '80 nuevos vocablos que conformarán una sólida red de términos, cuya proximidad semántica hará que mutuamente convaliden su necesidad dentro de un proyecto intelectual que se reconoce a sí mismo por militar “lo razonable” en todo orden (estético, político y lingüístico) como vía regia hacia el análisis crítico

del pasado. Estos nuevos vocablos se tornan legibles en los discursos y en prácticas sociales, y también, de esta manera, vehiculizan, a través del trabajo sobre sus significados, delinear una identidad de grupo a los intelectuales nucleados en revistas tales como *Punto de vista*. “Tolerancia”, “responsabilidad”, “humano”, “razón”, “democratización”, “garantías”, “derechos humanos”, son algunas de las más presentes.

En las columnas que Rodolfo Fogwill escribe para diversos medios gráficos de la época se observa que su escritura no es indiferente a esta proliferación de vocablos que, sin ser nuevos en el idioma, sí adquieren un protagonismo inusitado. Desde su óptica, estos concitan demasiado rápidamente el consenso social, poniendo así al descubierto el ingrediente tranquilizador que inyectan en el discurso, mientras que la realidad política y cultural iría por otros carriles menos promisorios. Una de las estrategias interpelantes más frecuentadas por Fogwill en su escritura es la de la ridiculización de este consenso en torno a ciertos significantes mediante la ironía, la parodia, la exageración de ese discurso social que se amalgama, para Fogwill, como un murmullo indistinto alrededor de las buenas intenciones políticas y con el cual siempre está discutiendo. En su texto “Revisiones” para la revista *El Porteño* de julio de 1983 se detiene justamente en la centralidad de la palabra “tolerancia” para desarmar el valor del concepto mediante la contradicción semántica, dejando en evidencia el peligroso relativismo que esta esconde, y, más profundamente, dejando expuesto el uso sin mayores conflictos que esta permite para el sostenimiento de poses intelectuales “[...] puedo asegurar que si se quita el concepto de ‘sinarquía’ y algunas ideas conexas,

podría endosar la mayoría de las afirmaciones de Castrogé. No digo ‘tolerar’, tolero todo incluyendo la intolerancia, a la que siempre es fácil de desarmar y desconcertar mediante la táctica de tolerarla” (Fogwill [1983] 2010, 46).

En el proceso de conformación de la nueva lengua que acompañará la democracia, otra de las intervenciones sobre la lengua que se observan es la de la sustitución, a través de la cual algunas palabras que en los ’70 funcionaron como verdaderas consignas políticas serán sustituidas por nuevas, y esto tiene que ver con la búsqueda de una depuración de la lengua pública argentina de todos sus resabios de “radicalidad” y “desmesura” que comportaría. Volviendo al ensayo de Beatriz Sarlo, su autora se refiere en un sentido negativo -hablando a propósito de un texto del periodista Pablo Giussani- al “plus del lenguaje”, entendido como “exceso ideológico”, que contaminaría la lengua de los ’70. En contraposición a este exceso aboga por una nueva lengua basada en la razón y la ética, sin el “énfasis operístico que despertaba la alerta de Giussani ante el discurso de los Montoneros” (Sarlo, 1984,2). Desde la lectura de Sarlo este apaciguamiento se corresponde con la nueva norma lingüística que a partir de entonces comenzaría a estar regulada por el modelo discursivo establecido desde el informe *Nunca más*, en cuyo uso de la lengua detecta “pudor” y “medio tono”, alejado así de la “espectacularidad” (y soberbia) de los discursos del ’70 (Sarlo, 1984, 3). Sarlo escribe: “*Nunca más* nos presentaba algunos fragmentos de esa biografía colectiva: una decena de personas que sólo podían hablar de su experiencia y lo hacían sin la crispación, casi con pudor” (2) y luego más adelante en el texto reafirma: “[la] crispación estaba ausente en *Nunca más*. Los que nos

contaban su proximidad de la muerte habían renunciado a todo énfasis” (2). De manera que este proyecto intelectual se asienta sobre una política de la lengua que en su basamento sostiene una lectura moral de los actos de habla que procura regir sobre otras prácticas sociales públicas, ya no solamente en el ámbito del hablar. El uso de la lengua demarcará la zona representacional de lo aceptable socialmente, dentro de cuyos límites puede ser construido el relato del horror según un fin celosamente custodiado: la reparación, el entendimiento de lo que sucedió, fin que se contrapone a otra serie de prácticas identificadas con el morbo y la insensibilización, devenidas de otras formas estéticas, sobre todo de aquellas que priman en la industria cultural de un país que luego de la dictadura ha entrado en el *tempo* cultural del “destape”. Ahora bien, tanto el “destape” como el “Nunca más” comparten la misma pantalla de televisión. Por ello, esta zona que Sarlo describe con las breves pero elocuentes palabras de “pudor” y “medio tono”, coincide no sólo con lo que se demarca como *lo mostrable*, sino que también establece las formas en que se muestra. El gran combate estará librado contra la “estetización del horror” en tanto forma de espectacularización, mercantilización del pasado y vaciamiento de sentido. Miguel Dalmaroni señala que este fue un debate que atravesó no sólo a *Punto de vista*, sino a otras publicaciones intelectuales como la revista *Confines*. En el caso de *Punto de vista*, esta “procuró describir y defender una poética que establecía cierta correspondencia entre la complejidad de la forma artística y la crítica a la ideología” (Dalmaroni, 2004, 128), y esta *forma* tiene que ver, continúa Dalmaroni, con una resistencia a la totalización del pasado, y con una interrogación de sus restos (128-131).

José Luis de Diego señala varios desplazamientos terminológicos en la lengua de principios de '80 que indican los reacomodamientos ideológicos que procura establecer una intelectualidad identificada, casi sin fisuras, al menos hasta el '87 (año en que se dictan las leyes de Obediencia Debida y Punto Final) con el proyecto democrático alfonsinista. En primer lugar, si los '70 hablaban de una “primacía de lo político”, durante la democracia esta será sustituida por el concepto clave de “ética” que se entrelaza a la idea de la tolerancia, la pluralidad de voces, y centralmente con los Derechos Humanos. De Diego sostiene que “la palabra ética se había transformado en el instrumento más idóneo de las ideologías de derecha y de la izquierda reformista para anular la política; como si la ética fuera un *antes* de la política, una suerte de refugio de las conciencias tranquilas” (De Diego, 2007, 219). La regencia del vocablo contribuye así, no sólo a desplazar la idea de “política” como la entendía el pensamiento de los '70, sino también a desarmar toda la estructura de ideologemas sobre las que se establecía; en primer lugar, como ya se ha señalado, la de la vida como bien común, “al servicio de”. Esa dimensión de la indistinción del sujeto con la causa es anulada por protagonismo del fuero individual que impone la conducta “ética”. De Diego señala asimismo un desplazamiento desde el sintagma clave “liberación nacional” hacia el significante de “democracia” en tanto axioma de indiscutible valor sobre el que se genera un férreo consenso. La palabra “democracia” expulsa de *lo decible* a la palabra “revolución”. Esta pierde todo sentido, salvo el de percibirse auditivamente como un arcaísmo lingüístico. La revolución se muestra como lo cancelado, lo *ya* no deseado, y

en su lugar, la democracia como significante que aglutina esencialmente la idea de una vía no violenta para el desenvolvimiento de la política, se erige como régimen idóneo y superador.

UNA "IDEOLOGÍA DE LENGUA" SIN IDEOLOGÍA

En las últimas décadas, desde el campo disciplinar de la sociolingüística y la semiótica se ha venido discutiendo en torno a las formas de construcción y legitimación de ciertos usos lingüísticos divergentes a la norma oficial, en otras palabras, a la emergencia de otras lenguas dentro de la lengua estandarizada, en general, fenómenos que se observan en los grupos o formaciones medianamente estables. Si bien el presente trabajo no adopta la perspectiva estrictamente lingüística, algunas consideraciones actuales de este campo de indagación contribuyen al análisis. Lo que interesa de estas nuevas indagaciones es que comienzan a poner el foco en las construcciones lingüísticas que ya no están propulsadas únicamente por políticas de Estado direccionadas verticalmente, y de esta manera, dan protagonismo a los actos de habla de grupos minoritarios. De esta manera, contribuyen a salirse de las claves de reflexión tradicional con respecto a las políticas lingüísticas orientadas desde la acción estatal hacia la alfabetización, integración de la diferencia lingüística, o a las relaciones entre identidad nacional y lengua, y abren un espacio para indagar las transformaciones que en la materialidad de la lengua suceden en una escala menor, y que, como los procesos de resemantización, sustitución y desplazamiento de los '80, no obedecen a

una programación estatal *stricto sensu*, y que, si bien tuvieron cierto impacto a nivel institucional, se dan en el seno de debates intelectuales de mayor informalidad. Calvet propone pensar las “políticas lingüísticas” en tanto prácticas que llevan a cabo una acción sobre la lengua y sobre su materialidad, interviniendo de alguna manera su forma. Esta acción se basa en elecciones conscientes, “las cuales afectan esencialmente las relaciones entre lengua(s) y vida nacional” (Calvet, 1997, 5)

Por su parte Paul Kroskity propone pensar en los términos de “ideologías lingüísticas” (2000, 8-21), caracterizadas por una percepción particular del lenguaje y una valorización del rol de este en lo social, productos de los intereses del grupo que elabora y vive dicha “ideología lingüística”. Esta produce distintas formas de pertenencia al grupo en la medida en que funcionan como mediadoras entre las estructuras sociales y los usos del lenguaje. De esta manera, se plantea como un sistema de ideas sobre el lenguaje, su uso, su valor, su norma, y estas, argumenta José Del Valle, se articulan con “formaciones culturales, políticas y/o sociales específicas” (Del Valle, 2007, 9). La ideología lingüística tiene un claro poder normalizador del orden extralingüístico, construye “sentido común”, o para emplear un vocablo caro a los años ’80, “razonabilidad”.

La “ideología política” de la postdictadura piensa al lenguaje como instrumento clave en la reconstrucción del pasado, y en ese sentido, constituye el centro de sus reflexiones intelectuales, propiciando un estilo ensayístico característico: a la misma vez que se aborda un tema, otro subtexto de carácter metalingüístico está siendo escrito. Hay una confianza en volver

a hablar una lengua crítica en tanto desembarazada de todo compromiso ideológico, entendiendo ideología según su acepción setentista. Los excesos retóricos sobran porque es la complejidad del artefacto artístico la encargada de la justa representación (Dalmaroni, 2004). Pero asimismo, está demás la proximidad no mediada de las palabras a lo real, tampoco ese uso del lenguaje “sin énfasis” garantizaría un hablar adecuado sobre el pasado. Para Sarlo, esto sólo logra convertirse en “materia degradada del sensacionalismo”, un “sadismo casi fascista [...] que se [deleita] en la mostración de restos humanos, fosas abiertas, evocaciones truculentas de la tortura eran *hablados sin énfasis*” (Sarlo, 1984, 2). De manera que prima un uso medido de la lengua, donde resuenan nuevamente las consignas de “pudor” y “medio tono”.

Ya entrados los años '90 el crítico Nicolás Casullo realiza una evaluación en retrospectiva de todo este proceso de recambio lingüístico que tomó mayor relieve entre los años '83 y '86. En su ensayo “Los años '60 y '70 y la crítica histórica” se pregunta en qué lengua debería entonces hablar ahora la crítica cuando habla de aquel pasado, cuando aquellos años “fueron barridos en su posibilidad de ser contados, examinados, por ese corte que la barbarie represiva provocó en la conciencia de nuestra sociedad” (Casullo, 1997,7). Para Casullo, aún después de casi dos décadas de vuelta a la democracia, queda un relato pendiente de los setentas, porque los relatos que se han aproximado a ellos los han vuelto “impronunciables”, han cercenado los propios términos con que ese tiempo exigía ser comprendido, de allí que los '60 y '70 sean “un paisaje *de ruinas mudas en la construcción de las actuales retóricas* [...] ruinas que [...] regresan como lo impronunciable, como descampado de signos” (6).

Se asiste en su ensayo a un momento reflexivo distinto de la intelectualidad argentina, que reprocha -y sobre todo *se* reprocha- haber vuelto ese pasado algo *indecible* en la cultura. El argumento de Casullo está muy próximo a lo que Fogwill postulaba ya a principios de los '80 en textos como “La herencia semántica del proceso”, y es que, a pesar de sus esfuerzos críticos por diferenciarse, la cultura de la democracia se construyó según los parámetros de pensamiento que la Dictadura estableció. Casullo apela a una comparación dolorosa sin duda para la intelectualidad a la cual él pertenecía:

Quando nuestra escritura crítica se posiciona omitiendo o distanciando el pasado ‘hacia el pasado’ [...] planeando aquello como *lo otro a lo actual*, ratifica que esa historia que supuestamente ‘ha cesado’ para los poderes en la catástrofe de la muerte de los cuerpos y de los paradigmas de una época, *ha cesado también en la operatoria de nuestras palabras indagadoras* como drama del presente que nos aguarda todavía. Como si también nosotros nos incautáramos de la historia, *en consonancia con los que incautaron los cuerpos, con los que provocaron los sonidos del silencio* [...] (Casullo, 1997, 5)

La lengua de la postdictadura expulsa del presente la posibilidad de diálogo con aquel pasado que lo interpela *en los propios términos en que ese pasado se pensó* como devenir en la historia, de manera que, desde la perspectiva de Casullo, los '70 son aquello que permanentemente no está disponible, que vuelve a ser secuestrado, los '70 se ubican en un más allá de la palabra y fuera del tiempo.

La “ideología lingüística” de los '80 queda inaugurada y modelizada por el *Nunca más*, investigación llevada adelante por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) desde 1983, creada

por el entonces presidente Raúl Alfonsín e integrada por intelectuales y personalidades destacadas de la cultura y sociedad, como Ernesto Sábado, la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú, el médico René Favaloro, el rabino Marshall Meyer, entre otros. El *Nunca más* fue presentado en el formato de un programa de televisión abierta y publicado con un prólogo de Ernesto Sábado.

Elsa Drucaroff analiza las operaciones discursivas que realiza el *Nunca Más* y señala como estrategia mayor del texto la utilización de una terminología que constantemente despolitiza el pasado colocándolo en el plano de los significantes abstractos: “seres humanos” o “criaturas humanas” (en vez de “militantes políticos” o “guerrilleros”), “ángeles” y “demonios”, como así también borrando la categoría “lucha de clases” y reemplazándola por otro par oposicional más general; lucha entre “vida” y “muerte”. De esta manera, para Drucaroff el *Nunca más* “se hace discurso impreso y legítimo, un discurso entonces articulable, *decible*, alrededor del pasado reciente argentino en el Orden de Clases de 1984” (Drucaroff, 1997,69). Este será un semillero de formas de representación del pasado, entre la que se destaca la discutida “teoría de los dos demonios”, congelando las expresiones provenientes de los ’70 y conformando otro “repertorio de signos con los que se construyó la subjetividad de las víctimas de la represión en el cine y buena parte de la literatura y los libros periodísticos de esa época” (70)

Recordemos que Beatriz Sarlo hace una crítica celebratoria de la transmisión del *Nunca más* por televisión, y encuentra en ella un modelo representacional válido transmitido en una lengua precisa y necesaria (“mucho más elocuentes

que los agujeros de balas en los muros contra los que se fusilaba o las fosas en que se acumulaban los muertos anónimos [imágenes por las que no optó el programa] eran la decena de rostros de quienes habían sobrevivido” [Sarlo, 1984, 2]). En paralelo también lee el texto del periodista Giussani “Montoneros, la soberbia armada” y concuerda con las postulaciones generales del libro, en particular resalta la idea de la soberbia y del “plus” o exceso ideológico de las hablas setentistas. Una serie de textos publicados por Rodolfo Fogwill en las revistas *El porteño* y *Primera Plana* pueden leerse como el revés exacto de estas lecturas y de la “ideología lingüística” que sostienen, poniendo en evidencia el espacio enunciativo que ambos ocupan frente a una misma agenda de temas de su contemporaneidad. La comparación entre sus textos pone en evidencia que ambos están leyendo los mismos productos culturales, en el tiempo real en que se están produciendo, y barajando las mismas preguntas críticas. Tanto en los intelectuales nucleados en torno a *Punto de vista* como en Rodolfo Fowgill el problema de lengua, es decir, de con qué lengua hablar del pasado desde el presente, pero también hablar del propio presente y construirlo en esos actos de habla que lo vuelven legible, es un problema de primera línea.

En su artículo “Testimonio, verdad, utilidad” de 1984, Fogwill comienza por criticar la alegoría del parto con que el programa televisivo *Nunca más* se abre –elemento no mencionado por Sarlo– para hacer explícita su propia escena de lectura: para Fogwill la estrategia de contar la historia desde la imagen/grabación del parto pone al relato del pasado en una frecuencia semiológica que desvía sus verdaderos sentidos. En primer lugar, porque

el relato que *se está diciendo* a través de la escena del parto es que hay un dolor *necesario* (Fogwill, 2010 [1984], 85) que debe ser atravesado para que acontezca el nacimiento de algo, en este caso, el de un tiempo político otro que ahora “se está dando a luz”. Pero por otro lado, esto tiene como consecuencia sustraer el relato de los sobrevivientes de la historia política direccionándolo al ámbito de lo familiar y privado, es decir, a los lazos de sangre, lo cual termina reduciendo la legitimidad de las demandas por justicia a aquellas provenientes de ese mismo ámbito, cuando el terror de Estado, sostiene, es en verdad una cuestión exclusivamente política.

En paralelo al ejercicio de lectura de Sarlo, Fogwill también lee el libro recientemente publicado de Giussani *Montoneros. La soberbia armada*. Para Fogwill este libro es consecuente con el pensamiento oficial argentino y por ende, con la lectura de los hechos del pasado que se legitima en ese “contrato terminológico” que cohesiona la nueva lengua de la derrota. Si para Giussani el terror de Estado fue desatado por la guerrilla, es porque su basamento argumental se enmarca en el concepto de la “responsabilidad” esgrimida como gesto de sinceramiento intelectual que permitirá a muchos periodistas provenientes de medios “oficiales” tomar sin mayor conflicto la pose de “intelectual crítico”. La operación de Fogwill es desarmar esos esquemas argumentales enrostrando sus falacias conceptuales mediante un detenimiento minucioso en cada una de las palabras empleadas, haciendo notar la hipocresía discursiva con que se enfundan los significantes para, finalmente, pasar lo escrito al registro de lo no decible, mediante un ejercicio de traducción política e histórica de los vocablos en el que las palabras regresan

al discurso recargadas de su espesor histórico: entonces, donde Giussani refiere a que los montoneros habrían usado una “violencia encarada como estímulo de una contrarrevolución” Fogwill señala “está queriendo decir que los montoneros eran *fascistas*” (2010 [1984], 73), y así prosigue con otros pasajes del libro. Fogwill sentencia: “todo eso y todo lo demás, tiene un denominador común: la inutilidad de la retórica, ese arte que sirve para ganar voluntades en el gratuito acto de votar, pero que impide dominarlas en las costosas operaciones económicas y biográficas que componen la vida de las sociedades” (Fogwill, 1984, 73). Hay entonces, un límite muy palpable en la retórica de la “democracia”, “no violencia”, “razonabilidad” que es para Fogwill la mera realidad política que corre por otras vías menos auspiciosas. Ese límite se hará patente con posterioridad con la hiperinflación y las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Fogwill no cesa de repetir en sus intervenciones periodísticas la necesidad de agrietar el cristal de consenso que va conformándose gracias a una nueva sintaxis cultural articulada sobre los signos de tolerancia, razonabilidad, responsabilidad y humanidad. En estos primeros años de la década del '80 es una de las pocas voces que a la manera de un lenguaraz maneja las dos lenguas, y apropiándose de ese lugar de hiperconciencia lingüística, que es también el de una conciencia sobre borramiento de la historia llevado a cabo por la buena voluntad política del progresismo democrático, construye una política de la lengua crítica que se distancia de los proyectos intelectuales más legitimados de la época, esgrimiendo otras estrategias que están en consonancia con los lugares marginales

respecto del *mainstream* cultural desde los que escribe. Fogwill se vale de la ironía¹, del uso de expresiones coloquiales², de la humorada, del equívoco, del insulto, de la diatriba y la polemización, elementos ausentes, por ejemplo, en los textos recorridos de *Punto de vista* pero asimismo ausentes en la mayoría de las revistas intelectuales de estos años y en las publicaciones periódicas. Desde esas estrategias buscar hablar otra lengua que ya no es la de los '70, aunque de ella tome ciertas tonalidades como la de la confrontación y el carácter denunciante que está detrás de la idea del lenguaje como elemento probatorio (y comprometedor), y a la misma vez tampoco es la lengua consensuada de la democracia que establece el habla del sentido común. En ese entrelugar lingüístico y, en consecuencia, también un entrelugar de pensamiento, su escritura se singulariza porque deviene forma de resistencia y provocación desde el cual librar una microbatalla constante frente a cada término, cada discurso o texto que, como el de Giussani, reafirme “los mismos esquemas y los mismos fantasmas que el pensamiento oficial argentino contemporáneo” (Fogwill, 2010 [1984], 87).

1 Por ejemplo, en “Problemas de afasia, el lenguaje y el exterminio” escribe: “Ahora que hay democracia y estamos todos unidos [...] ahora que nunca más volveremos a tirarnos piedras entre argentinos [...]” (1983, 44), en alusión a que la democracia vendría a resolver todos los problemas.

2 Por ejemplo, en el artículo “Así y los buenos servicios” de 1984 escribe: “[los críticos] se ocupan en copiar puntualmente lo que los editores colocaron sobre las contratapas de sus libros, cagándose olímpicamente en el tradicional saber de la retórica” (112).

LA LENGUA FOGWILLIANA

Hacia 1984 publica dos artículos claves para comprender su posicionamiento con respecto a las transformaciones de la lengua pública que estaban aconteciendo a partir de la llegada de la democracia y una vez asumida la “derrota”. Estos son “La herencia semántica del proceso”, publicado en *Primera Plana* en abril de ese año, y “La herencia cultural del proceso” publicado en *El Porteño* un mes después. Entre ambos se construye una lectura del presente y de la democracia que resultaba inasimilable para el discurso oficial, y que de hecho fue prácticamente inaudible en su tiempo. La idea de que esa celebrada democracia que se estaba viviendo y construyendo como proyecto renovador no era sino un escenario político dispuesto por la dictadura, y que en ella, a pesar de todos los discursos que decretaban el final con un saldo de vencedores y de vencidos (la idea de que hubo un “proceso”, del “Nunca más”, etc.) la Dictadura continuaba vigente. Esta vigencia se hace patente para Fogwill en especial a partir de sus dos herencias: por un lado la semántica, herencia de una lengua naturalizada que conminaba a hablar según los propios signos lingüísticos dispuestos por la Dictadura para hablar de la política, de la realidad, del pasado y de ella misma. Allí denuncia que, por ejemplo, “*hablan* de democracia”, e inmediatamente traduce el vocablo a lo no-decible del discurso social de la época: democracia es la forma cosmética actual que promete garantías y libertades pero que sostiene la estructura de la Dictadura (básicamente la económica) (Fogwill, 2010 [1984], 68). De igual modo, repasa uno a uno los núcleos lexicales del nuevo lenguaje, para traducirlos al que sería, desde su óptica, el verdadero significado que se

encubre: “*hablan* de desaparecidos”, “*hablan* de represión cultural”, “*hablan* de dictadura militar” y en realidad, *habría que decir* dictadura banquero, oligárquica y multinacional (69). Y es que, como señala Fogwill, hablar de la dictadura del ’76 como “dictadura militar” es restringir su sentido al accionar de las fuerzas armadas, invisibilizando a los otros poderes que dieron el Golpe de Estado, esencialmente el poder económico, y esta lectura desviada a la que conduce un vocablo erróneo no permite ver entonces que esa dictadura no culminó. Los monopolios financieros, que ya habían sido señalados por Rodolfo Walsh, siguen en el poder, de ahí que en vez de hablar de “democracia” haya que referirse al presente como “una cosmética” (69).

Por otro lado, “la herencia cultural” que instaló la idea de lo transgresor en prácticas culturales de disenso perimido y celosamente vigilado, prácticas conformistas donde se vuelven impensables/indecibles la violencia, la intolerancia, el exceso. Esas formas de escape fueron moldeadas al detalle por la dictadura. Una tesis en la que resuena la propuesta de Sarlo de sumarse al “medio tono” y al “pudor”.

La dictadura no culmina, no hay un corte limpio a pesar de todos los gestos y rituales democráticos celebrados. Ella ha dejado establecido el marco de pensamiento con el que será incluso, criticada, juzgada. Silvia Schwarzböck sostiene que “la tesis de Fogwill es una tesis de izquierda que nadie de izquierda estaba en condiciones de pronunciar en plena postdictadura. La izquierda post 1984 había adoptado, en bloque, una posición positiva frente a los derechos humanos: ya no los criticaba como formales, abstractos y burgueses” (Schwarzböck, 2016, 60).

Hacia el final de *Los pichiciegos* publicada en 1983, Fogwill por primera vez *hace hablar* al poder luego de todo el transcurrir de la novela en que hablan los *pichis*. Cuando el ejército se ve derrotado en la Guerra de Malvinas, los soldados sobrevivientes prestos a retornar son obligados a escuchar el largo discurso de un coronel mientras se mueren de frío a la intemperie. Pero al Coronel no le importa el estado moribundo en el que los soldados se encuentran, este debe *decir* aunque ellos no quieran escuchar, ni creer, en un acto de habla que se transforma en un último acto de tortura. Lo que el Coronel *dice*, por ejemplo, es que ellos eran “héroes” (a pesar de que estaban vencidos), tergiversando y resemantizando la idea de heroicidad de los ’70. *Dice* también “que la batalla terminaba, que ahora se iba a ganar la guerra por otros medios, porque la guerra tenía otros medios: ‘la diplomacia, la contemporización’, decía, y que nosotros íbamos a volver a los arados y a las fábricas [...] y que ahora, luchando, nos habíamos ganado el derecho a elegir, a votar, y de elegir entre alguno de esos hijos de puta que estaban en los ministerios con calefacción mientras abajo los negros se cagaban de frío” (Fogwill, [1983] 2012, 133). La dictadura se retira, pero deja establecido el marco de inteligibilidad del acontecer histórico y las propias palabras con las que referirlo. La lengua esgrime una perversidad que impone como real un imaginario: “volver al arado y a la fábrica”, cuando en realidad la dictadura había ya devastado todo proyecto desarrollista en pos del asentamiento de la oligarquía financiera. Por otra parte, la democracia aparece como recompensa de la derrota, no como un bien ganado, sino concedido; el Coronel comunica como una buena nueva que ahora se podrá “elegir entre alguno de esos hijos de puta”.

Fogwill se pregunta: “¿cómo se zafa de esta herencia cultural? Creo que el mejor camino es pensar lo que ella y sus administradores decretaron como impensable, y pensarlo con los modelos intelectuales que exorcizaron como intolerables” (Fogwill, [1984] 2010, 75). Para reactivar entonces esos modelos intelectuales hay que volver al uso radicalizado de una lengua entendida como arma de guerra en los ‘70. En este sentido, el escritor arremete sistemáticamente contra conceptos que supongan entelequias disponibles indistintamente para cualquier posicionamiento político. En el artículo “Revisiones” de 1983 carga contra la palabra “sinarquía”, contra la palabra “pacto”, “alianza”, “nazifascismo”; en su artículo “La política cultural del gobierno democrático” del ’84 desmenuza el concepto de “política cultural” precisamente, pero también, desde un registro irónico afirma que “el Estado argentino necesita ahora un impasse en el que imperen el *respeto*, la *tolerancia*, la *convivencia*, y sobre todo las ‘*garantías*’” (Fogwill, 2010 [1983],55). El entrecomillado permanente es la marca gráfica de la operación quirúrgica fogwilliana sobre los vocablos más caros a la cultura de la democracia: “a esta imagen de la cultura ha habituado la prensa y la televisión, donde todo es ‘importante’ y se procesa en ‘ciclos’, ‘encuentros’, ‘festivales’, ‘ferias’ y todo se jerarquiza según el ‘rating’ que aporta cada ‘personalidad’” (57). En el mismo artículo pone sobre la lupa del desguace la palabra “democratización”. Por otra parte, prosiguiendo en la misma línea, en el artículo “El doctor Cormillot y la gran máquina de adelgazar conciencias” escrita para *El Porteño* en 1984 se detiene en una diáda de términos que ocupa un lugar axial en la discursividad social y política de

la postdictadura: el par “humano-inhumano”, el cual rige un modelo de comprensión de los hechos del pasado (la tortura como acción inhumana) y tiene consecuencias en los debates en torno a los regímenes de representación estética de esos hechos (lo inhumano como irrepresentable en tanto intolerable y abyecto). El texto está escrito a propósito de las declaraciones que hiciera el Dr. Cormillot, una celebridad de la televisión pero también personalidad destacada por haber integrado la CONADEP. Cormillot declara que los torturadores “no merecen llamarse humanos” (Fogwill, 2010 [1984], 62), a lo cual Fogwill contesta argumentando que significa verdaderamente una afirmación tal, y *traduciendo* esa idea consensuada a la lengua fogwilliana, es decir, al significado descarnado que encubre: decir que el torturador es inhumano *es hablar la misma frecuencia lingüística del torturador* que dice que el subversivo es inhumano, por ende monstruo, por ende, digno de ser aniquilado. Le enrostra así, a quien detenta la legitimidad de haber puesto en discurso los horrores cometidos por la dictadura, en este caso, al Dr. Cormillot, su incapacidad para hablar una lengua que diga efectivamente la verdad saliendo del molde semántico impuesto por la propia dictadura que pretende denunciar. En una apuesta más extrema, cierra su texto en una clara tonalidad setentista, señalando a Cormillot como un “colaboracionista” de esta versión democrática de la dictadura.

La estrategia de la polemización atraviesa todos sus artículos en mayor o menor medida; ya sea que contradiga los dichos de otros escritores o intelectuales, que se mofe de las pretensiones de seriedad y erudición de algunos periodistas “que escriben cumpliendo con la línea de la dirección

[...] por un sueldito” en los medios oficiales (Fogwill, 2010 [1984], 47), que proponga una crítica demoledora de novelas recientemente publicadas, que “retruque” las críticas que otros le hacen a él o que denuncie abiertamente las políticas pseudoprogresistas del gobierno de Alfonsín, en todos los casos Fogwill apela a una práctica discursiva donde la lengua se vuelve campo de batalla. Siempre hay una provocación que busca hacerse desde un acto de habla que pueda dar cuenta de un afuera con respecto a la uniformización de la lengua postdictadura. Horacio González reconoce en estas prácticas la simiente histórica con que se ha ido construyendo lo que denomina “el discurso público argentino” (González, 2012, 14), aquellas polémicas, y toda una serie de subgéneros de la disputa oral y escrita (insultos, imputaciones, contraargumentaciones, desaires, injuria), que fueron sedimentando una memoria lectora y auditiva de la nación (14). González rescata estos usos de la lengua pública, basados primordialmente en el registro del ultraje en tanto forma literaria, proponiéndolo como “laboratorios extremos de la lengua [...] porque allí el lenguaje actúa en su máxima torsión del léxico” (10).

El sostenimiento de este registro del ultraje en todos sus artículos evidencia el mecanismo a través del cual Fogwill procura volver *pensable* y *decible* aquello que la dictadura secuestró del lenguaje público mediante la rehabilitación, tal como este sostenía, de “los modelos intelectuales que la dictadura exorcizó como intolerables (Fogwill, 2010 [1984], 74). Esa vía le permite salir del “medio tono” intelectual ejercitando el ataque directo (“con nombre y apellido), la diatriba, la burla.

Si Sarlo en su ensayo “Una alucinación dispersa en agonía” medía cada una de sus palabras para no salirse un ápice de la corrección gramatical como índice de corrección política, dejando en el texto el registro de su propio *pudor* lingüístico (“Frente al *Nunca más* parece casi frívolo escribir la palabra ‘estética’” [Sarlo, 1984, 2]), en una posición enunciativa opuesta, Fogwill se atreverá a someter el testimonio de un sobreviviente a las reglas de la crítica literaria académica (por lo cual también será posteriormente criticado, alimentando la cadena de polémicas que insufla su escritura). Un gesto de profanación de la solemnidad que envuelve en estos años a estas producciones escriturales. Así dirá que “Recuerdos de la muerte” de Bonasso adultera la verdad histórica novelando mal su experiencia monotonera. En su texto, las reglas básicas de la narratología no se cumplen y entonces lo que sería un testimonio se parece más a una novela de aventuras o a un best-seller: “[cuenta que] es tiroteado, pero no muere. Toma cianuro, pero no se envenena, es torturado, pero no ‘canta’ [...]” (89).

A través de un trabajo incesante sobre la lengua consensuada de los años posteriores a la dictadura, Fogwill procura la creación de actos de hablas críticos que se sirvan de algunas tonalidades combativas devenidas de los años ’70 y que funcionan auditivamente como perturbadores del discurso de la democracia, impidiendo el cierre de las lecturas políticas e intelectuales tranquilizadoras, en particular, aquellas que sostienen una relación de correspondencia entre una ideología de la lengua (en la que esta se presenta purgada de todo lastre ideológico) y la capacidad de *decir el presente y acceder al pasado* desde una *razonabilidad* y tolerancia. Fogwill lacera esta

correspondencia ensayando otra enunciabilidad que permita hacer pensable lo que la dictadura volvió sentido común.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Calvet, Louis-Jean. *Las políticas lingüísticas*. Buenos Aires: Edicial, 1997.
- Casullo, Nicolás. “Los años ‘60 y ‘70 y la crítica histórica”. In: *Confinés* N° 4. 7-28. 1997.
- Casullo, Nicolás. *Las cuestiones*. México: Fondo de Cultura. 2007.
- Dalmaroni, Miguel. *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina. 1960-2002*. Santiago de Chile: RIL editores. 2004.
- De Diego, José Luis. *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata: Ediciones Al Margen. 2007.
- Del Valle, José (ed.) *¿La lengua patria común? Ideas e ideologías del Español*. Madrid/ Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert. 2007.
- Drucaroff, Elsa. “Fue por algo. Análisis al prólogo del *Nunca Más*, de Ernesto Sábato”. In: AA.VV. *Nuevos Territorios de la literatura latinoamericana*. Buenos Aires. 1997.63-72.
- Farge, Arlette. *La atracción del archivo*. Valencia: Edicions Alfons El Magnanim.1991.
- Fogwill, Rodolfo. *Los pichiciegos*. Buenos Aires: Interzona, [1983] 2012.
- Fogwill, Rodolfo. “Revisiones”, 1983. In: *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva. 46-50. 2010.
- Fogwill, Rodolfo. “La guerra sucia: un negocio limpio de la industria editorial”, 1984. In: *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva. 82-91. 2010.

- Fogwill, Rodolfo. “La herencia cultural del proceso”, 1984. In: *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva. 70-75. 2010.
- Fogwill, Rodolfo. “Testimonio, verdad, utilidad”, 1984. In: *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva. 80-81. 2010.
- Fogwill, Rodolfo. “La política cultural del gobierno democrático”, 1984. In: *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva. 55-58. 2010.
- Fogwill, Rodolfo. “La herencia semántica del Proceso”, 1984. In: *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva. 68-69. 2010.
- Fogwill, Rodolfo. “El Doctor Cormillot y la gran máquina de adelgazar conciencias”, 1984. In: *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva. 62-67. 2010.
- Fogwill, Rodolfo. *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva, 2010.
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno. 2003.
- González, Horacio. *La lengua del ultraje*. Buenos Aires: Colihue. 2012.
- Guariglia, Osvaldo. “¿Qué Democracia?” In: *Punto de vista* 17. 15-22.1983
- Kroskirty, Paul. “Regimenting languages: Language Ideological Perspectives”. In: Kroskirty, Paul V. (ed.) *Regimes of language: ideologies, politics and identities*. Santa Fe: School of American Research Press, 2000.
- Sarlo, Beatriz. “Una alucinación dispersa en agonía”. In: *Punto de vista* 21, 1984, 1-4.
- Sarlo, Beatriz. “Cuando la política era joven”. In: *Punto de vista* N° 58. 1997. 15-19.
- Schwarzböck, Silvia. *Los espantos. Estética y posdictadura*. Buenos Aires: Cuarenta Ríos. 2016.